



Universidad  
Carlos III de Madrid



Versión “preprint” del documento publicado en:

Liceus: revista de humanidades del siglo XXI, n. 11 (2004), pp. 46-49.



# DALÍ Y SUS COPIAS: DEFENSA DE LA FALSIFICACIÓN FRENTE AL ESPEJO <sup>1</sup>

Dr. Iliá Galán Díez, Universidad Carlos III de Madrid

Palabras clave: Arte contemporáneo; Falsificación; Copia; Clonación de arte.

Hace algunos años, los expertos detectaron en el mercado falsas obras de Dalí, algunas firmadas por él mismo, pero no por él pintadas. Muchos levantaron sus manos al cielo para quejarse de tamaño atrevimiento, el genio que se autocopiaba y autofalsificaba, como si siguiese las directrices de su genial mujer, Gala, *ávida dollars*; otros en cambio nos alegramos. No era la primera vez que el genio español, consciente de su genialidad hasta la exasperación más histriónica, se ponía a fabricar obras como quien hace salchichas y así se burlaba del mercado y éste le rendía tributo en los ansiados dólares por su desprecio. De hecho, todavía son muchos los que hoy recuerdan cómo en un conocido programa de la televisión española, *Un, dos, tres, responde otra vez*, se atrevió a escandalizar a la audiencia, a burlarse de los profanos al arte y del arte moderno en general. En ese programa concurso, uno de los premios posibles era una obra de Dalí que representaba una calabaza, llamada *Ruperta*, y se entregaba al concursante que perdía, pero en esta ocasión, al ser una obra de Dalí y por él firmada, tenía un asombroso valor. Para certificarlo, nuestro reputado pintor se atrevía -y él de atrevido lo tenía todo- a salir en televisión mientras creaba la genial obra. Con estrafalaria vestimenta y bigote, con decrepito aspecto, surgía y en dos minutos, con unos botes de spray de color, pintaba un lienzo con una horrenda calabaza que luego, rápidamente firmaba y poco más tarde cobraría a precio de oro. Con ello cabían varias interpretaciones. La de ver a un artista sólo interesado en vender, con una gran desfachatez; la de un artista-actor demasiado pagado de sí mismo que se cree que cualquier cosa que haga por el hecho de hacerla él queda consagrada, pues él mismo, como genio, es sagrado, como el arte; al igual que las reliquias son restos de la ropa o el cuerpo o los útiles de los santos. Pero también, entre otras, cabe la interpretación según la cual Dalí sabía bien que lo que hacía no tenía artísticamente especial valor, pero así daba una lección, burlándose de la plebe espectante ante el televisor, para los sagaces que pueden vislumbrar un acto cínico o irónico, según, a fin de hablar del arte que hacían algunos de sus compañeros y a los que detestaba, también para burlarse del mercado del arte. Si lo que valía es su firma, ahí estaba. También se cuenta de cómo Picasso firmó en una ocasión un cheque en un restaurante cuando su fama ya era grande sabiendo que no se iba a cobrar sino a exponerse; ¿pero era por ello un cheque mucho más artístico que los demás?

Lo que tendría que valer es la obra capaz de provocar unas determinadas, excelentes, grandes o sutiles impresiones en el espectador. Y en ese sentido tendría que importar poco que tuviese o no su firma, que fuese suya o del vecino, de esta época o de otra muy anterior, verdadera o falsa. Pues todos estos valores que van adjudicados a autoría, materia concreta, veracidad o época no son propiamente estéticos. Después de las teorías desarrolladas especialmente por el apropiacionismo americano en el siglo XX

---

<sup>1</sup> "Dalí y sus copias: defensa de la falsificación frente al espejo" fue publicado en *Liceus (Revista de humanidades)*, nº 11, Madrid, 2004. Reeditado en *Teorías del Arte desde el siglo XXI*, de Iliá Galán, Madrid, Ibersaf, 2005 y posteriormente reeditado en Oviedo, Sapere Aude, 2017, págs. 237-242.

podemos discutir de quién es o no una obra como algo accesorio a la pura impresión estética, es decir, a si algo me gusta o me impacta, me hace sentir lo sublime o lo bello de forma intensa. Es cierto que esos valores no dejan de ser valores, y, así, el hecho histórico de saber si una pieza es o no la original salida de las manos de Fidias o sus ayudantes, de Velázquez o quien sea, le da un sabor peculiar, pero es un ingrediente extra-estético, histórico, que se hace estético porque sacralizamos al autor, la historia o la época. En este sentido se trata de ver que todo puede tener ese "aura" de lo sagrado que reclama Benjamin y que a su vez no es tan importante. De la misma manera sucede con los restantes factores.

Resulta bastante ridículo el caso que más de una vez vemos repetido en la historia antigua y contemporánea. Ya sucedió con Ossian y sus alabados versos, pintados mil veces por unos y otros, celebrados por Goethe, Byron y tantos reconocidos románticos, hasta que se descubrió que no eran los de un bardo antiguo sino los de un tal Macpherson. Desde entonces pareció sumirse en la miseria. ¿Realmente eran entonces tan buenos dichos versos o se trataba más bien del sentido de esos versos unido a factores extra-artísticos como los históricos, los que tiene de sugestión la representación mental que tenemos de otras eras? Efectivamente, los contextos no se separan drásticamente de las obras, pero a veces sí que lo hacen parcialmente, como en un museo cuando uno contempla una pieza sin saber de quién es o de qué época, tal vez anónima, pero de alguien, no habiendo leído el letrero informativo, pues entonces se valora realmente lo artístico y no el arte en su contexto, es decir en la historia o la historia, ni su valor económico -hay obras bellísimas que no son más hermosas en oro que en piedra o en barro-, su relación psicológica con un determinado creador, su tasación política o su valor religioso. Todo ello influye, sin duda, pero no es más hermosa una imagen por ser de la Virgen que por ser de una mujer enamorada, salvo que el que la mire sea un creyente y vea en el icono más allá del icono y es entonces eso del más allá lo que le da sentido a sus impresiones.

En realidad este debate se suscitó, si miramos más hondamente, en los tiempos en los que se quiso hablar del arte puro y del arte por el arte, para deslindarse de valoraciones entonces de tipo moral o puritanas. Porque una obra de arte sea inmoral no tiene por qué ser peor estéticamente, aunque sí tenga menos valor que otras -valor de otro tipo- para el hombre moralmente atento que la percibe. Del mismo modo una obra puede ser muy hermosa aunque blasfeme contra el Islam, contra Mahoma o quien fuere, por mucho que el fanático no distinga y juzgue todo sólo desde su religión porque estima, y puede que en algunos casos tenga razón, más otros valores que los puramente estéticos, que en ocasiones pueden ser relativamente superficiales.

Por ello mismo el que las obras sean copias u originales poco ha de importar al verdadero amante del arte, aunque el erudito, el fetichista, el historiador, el especulador, el comerciante, el moralista u otros dejen de interesarse por ella. Era muy bonita, pero en cuanto descubren que no es de tal autor sino de otro o en cuanto ven que era copia y no original ya no vale. Ridículo. Entonces es que no les interesa la impresión sublime o bella que produce el arte sino otras cosas, es decir, que no aman realmente el arte.

Así es lo que sucede en las copias de las esculturas en bronce o en las planchas de los grabados, serigrafía, etc. De hecho poco importa para valorar una novela, un poema o una música si la leemos o escuchamos en un soporte u otro. Si se busca lo espiritual del arte, como de ello hablaba Kandinsky, nos hallamos en una posición que podríamos

denominar en cierto modo revolucionaria, pues es así al margen de instituciones y libros de historia, de academias y prejuicios de críticos, periódicos, grupos de presión. El gusto estético puro, como decía Kant, para el que no hay concepto. Es decir, que uno puede gustar de algo o no aunque poco o nada sepa de ello, lo que no quita que mientras más sepa más podrá ahondar en la pieza que se le ofrece a su mente. Esto supone que gustar el arte no es algo sólo propio de la contemplación, de la mente, de la fría inteligencia, una tarea cerebral, sino un acto que también es de la voluntad, del querer; se ama, se siente la obra, con los sentidos y los sentimientos.

Por ello, lo que ahora desarrollan artistas y científicos como los de FACTUM-Arte, con sus reproducciones digitales de pinturas y esculturas, donde podrían hacer indefinidas copias de obras hasta ahora únicas y en peligro de deterioro es más que algo temible algo magnífico por cuanto pueden hacerse archivos digitales de todo tipo de obras que luego las guerras, incendios y otras calamidades privan para el resto de la humanidad. Pueden hacer que muchos impedidos puedan ver obras lejanas, que las esculturas del Partenón que hoy sólo vemos en Londres también estén en Grecia y en otros lugares del mundo, etc. La forma es la clave, lo que Aristóteles denomina espíritu o alma de los seres vivos y que es aplicable al arte, y no tanto su materialidad concreta. Si lo que se gusta es lo único entonces lo que se ama es el acto egoísta de la unicidad, de la privacidad, de lo exclusivo, del ser un elegido, elitista ser entre los demás. Pero si uno ama realmente el arte, poco importa que lo que tenga delante lo tengan también otros en Praga y en Londres o París, porque lo saborean igual. De hecho muchos autores se autocopiaban, hacían copias de sus obras para amortizar la inspiración y la técnica, como algunos cuadros del Greco o de las escuelas de tantos grandes, sin que por ello pase nada; también los compositores se repiten y recopian en diversas piezas pero en contextos diferentes sin que nos tengamos por qué escandalizar.

Así pues, Dalí se anticipaba a un mundo que en este nuevo milenio se muestra como confuso, entre originales y copias, clones y estafas, pero irónicamente y sacándole provecho. Ahí quedan sus grandes obras junto a tantas otras diabluras, juegos, bromas, que los mercados y los débiles mentales tal vez consagrarán sólo por el hecho de que necesitan adorar algo y nutrirse de fetiches. Pero el espíritu libre, como si se apropiara de una teoría anarquista del arte, es aquel capaz de saborear la belleza y lo sublime al margen de lo que le digan los demás, porque tiene el principio en sí mismo, en una fuente subjetiva que le nutre independientemente, y por ello puede hacerle surtir indefinidamente contenidos que mezcla con las experiencias que le llegan del exterior o crear nuevos mundos para los demás.